

# PiNOCHO

AÑO VI  
NUM. 264

25 cts

9 MARZO  
1930



- ¡VAMOS A VER QUE TAL ANDAS DE AGRICULTURA MORRONGUIS! ¿CUAL  
ES LA MEJOR ÉPOCA PARA RECOGER LAS MANZANAS?  
- ¡CUANDO NO ESTÁ EL GUARDA EN LA HUERTA!



*La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón*







# EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANELLA Y J. M. BARBIERI

(Continuación)

»Y el príncipe se sonrió de su propio ingenio.

»—Entonces, ruego a ustedes

que vengan conmigo. De seguro van a comunicarme una noticia trascendental. El abogado—y me volví a mi director—le ha contado a usted...?

»—No podía hacerlo—observó el hombre de ley—sin la autorización expresa de usted.

»—Pues entonces les revelaré yo mismo el origen secreto de todas mis aventuras.

»El automóvil nos llevó veloz, a través de las hermosas vías de la nueva Calcuta, hasta la espléndida Cauringhi, tan rica en palacios monumentales y tan abarrotada de gente y de vehículos a aquella hora, y hasta la inmensa Maiden, que atravesamos diagonalmente. Nos detuvimos por fin ante una imponente y suntuosa construcción de mármol blanco finamente labrado, de aquella maravillosa y extraña arquitectura en que al estilo indio se sobrepone una especie de gótico en forma que las fachadas de estos alcázares, principescos parecen colosales encajes petrificados.

»La amplia cancela de hierro forjado se abrió de par en par, y el automóvil entró zumbando bajo el pórtico y paró en medio de un espacioso patio al que daba la vuelta una doble serie de columnatas.

Por bajo de éstas, iban y venían muchos siervos indígenas de trajes multicolores, mientras algunos de ellos, reclamados por el trepidar del motor al refrenar el coche, precipitábanse hacia el príncipe y se inclinaban hasta el suelo quedando en tal postura en espera de órdenes.

»Al frente, una ancha escalinata conduce al verdadero ingreso del cuerpo principal del palacio. Nosotros seguimos, subiendo los mármoreos peldaños, al príncipe que nos guiaba. El vestíbulo nos llenó de estupor y admiración. La bóveda de dorada cúpula, las columnas salomónicas que la sostienen, la fuente monumental que, en medio, lanza por cien bocas sus ágiles surtidores, el pavimento de mosaico, los solemnes escalones de mármol que suben por los lados en dos rampas suavemente curvadas hasta encontrarse arriba en una balaustrada toda llena de arabescos y esculturas, y las innumerables plantas verdes de anchas hojas dentro de magníficos jarrones de porcelana, todo en suma, en su admirable armonía, es digno de la más rica y suntuosa de las moradas reales.

»Mientras atravesábamos otros pórticos interminables, el abogado, a insinuación mía, me informa de las enormes riquezas de nuestro anfitrión.

»—Nurak-Kandiber es el último de los nietos de Suraj-Addaula... ¿Qué si es rico? ¡Por millones! Es, creo, el más rico de los banqueros *parsis* de toda la India. Hasta entre vuestros compatriotas es considerado como una verdadera potencia financiera...

»Pero las informaciones quedan truncadas. Hemos llegado, y el príncipe nos invita a sentarnos con una señal. La sala en que nos encontramos es toda azul: azules los paramentos de seda recamados de oro, azules los cortinajes y tapices, azules las guarniciones y los muebles. En el centro, una gran mesa ovalada de caoba cuya talla está sostenida por un espléndido grupo de mármol negro que representa tres bayaderas bailando cogidas, en círculo, de las manos; del techo cuelga una enorme araña de cristal que tintinea al más leve movimiento. Todo alrededor divanes, butacas, escabeles; y



en un ángulo, una de esas singulares bibliotecas giratorias, que parecen esconder detrás de las cortinas de brocado, algún misterioso tesoro.

»Mientras nosotros mirábamos en torno, maravillados y admirados, Nurak-Kandibar apareció detrás de un portier, y de allí a poco aparecieron a su vez tres criados, portador cada uno de un cesto de mimbrés que depositaron sobre una especie de arqueta en un rincón. Sacaron de allí un mantel que extendieron sobre la mesa, y encima dispusieron para cinco personas la loza, la plata y la cristalería.

»—Menos mal—; observé—¡se comel

»Nuestro anfitrión volvió acompañado por un joven chino ricamente vestido, que se me aproximó, me hizo tres reverencias de modo tan cómico que yo a duras penas contuve la risa, y me entregó una carta, la carta de Mandiguet, de cuyo contenido os hago gracia, porque en ella me advierte que ya os ha remitido su libro de notas donde se narran por extenso todas sus aventuras. Podéis imaginar mi satisfacción al conocer la buena nueva, que eliminaba de modo tan completo todas mis preocupaciones respecto a lo que hubiera podido hacer Kōwaes durante el tiempo de mi reclusión; todavía me preguntaba yo cómo no se habría hecho presente en unión de los demás socios suyos a orillas del Yan-Tse-Kiang.

»Antes de contarle todo a mi director, quise no obstante asegurarme de si el banquero *parsi* conocía el pasado del que parecía ser su cliente y su amigo, y con hábiles preguntas, mientras aun estábamos en la mesa, logré hacerle cantar:

»—¡Oh! yo conozco a Kien-tsing, mejor dicho, al teniente Larouchy, desde hace muchos años.

»—¡Hola! luego usted sabe que se llama Larouchy.

»—Sí, lo sé. Y hasta diré de qué manera tuve conocimiento de su nombre... y lo demás. Le contaré a usted todo con pelos y señales.

»Vació su copa y continuó:

»—Ocho años hace, presentóse en mis oficinas un señor, un francés, el cual quiso tratar

conmigo personalmente. Para facilitar sus negocios, deseaba establecer su explotación financiera en un centro comercial y en directa comunicación con los principales mercados de exportaciones, toda vez que le resultaba tardío e incómodo tratar sus asuntos desde el país lejano donde habitaba; y por eso había venido a depositar en mis manos una suma bastante considerable. Accedí a abrirle un crédito proporcional a la cantidad depositada, y a la importancia y amplitud de sus negocios, en forma que pudiese dar mayor desarrollo no solamente agrícola sino también comercial a su hacienda. Convenido en líneas generales nuestro contrato, pedí a mi nuevo cliente, conforme a las buenas prácticas, sus documentos de Identidad personal y sus títulos de propiedad. Él pareció entonces un tanto turbado, y me rogó lo demorase hasta el día siguiente en que, con efecto, me exhibió todos sus papeles en regla, y por ellos supe con cierta sorpresa que se llamaba Larouchy, siendo así que la víspera se me había presentado con otro nombre. Si el imprudente no hubiera cometido semejante pifia y no me hubiera además suplicado calurosamente que a nadie revelara su verdadero nombre bajo el pretexto de que por razones personales muy serias deseaba que no fuese aquél conocido ni en China ni en ninguna otra parte, yo no habría sospechado nada: ni me habría acordado después de haber leído menos de un año antes aquel mismo nombre en los periódicos a propósito de un hecho, de un suceso que había levantado gran polvareda pero que a la sazón ya se me había ido de las mientes. Picado por la curiosidad quise confirmar mis presunciones. Consulté la colección del *Temps* y del *Journal* del año anterior, encontré las noticias y comentarios relativos al crimen del Arsenal de Tolón, y confrontando la edad y las características allí atribuidas a Larouchy con las señas personales de mi cliente, y calculando la cantidad de la suma por él aportada a mi Banco y su deseo de guardar el incógnito, llegué a la convicción de

(Continuará en el número próximo).





# COLORÍN Y SU PANDILLA





# LA ESTRELLA ERRANTE

(Continuación)

millonarios, y caía con tal rapidez que parecía ir a hundirse de golpe en los abismos del Océano Pacífico.

El paracaídas se despegó de pronto, y por fortuna ofrecía bastante resistencia, que moderaba el descenso del huso aéreo.

—¡Señores!—gritó el armador, que se había levantado, pálido como un muerto—. ¿Estamos perdidos?

—Ha sido un sencillo accidente, nada peligroso—respondió el comandante, que había recobrado su tranquilidad—Una pequeña avería en la máquina, que podré reparar con facilidad.

«No hay nada que temer. Vamos a bajar a la isla.

El viento que soplabá de Poniente arrastraba la aeronave hacia el escollo, manteniendo el paracaídas bien estirado. El dirigible caía balanceándose hacia una explanada circundada de espléndidos cocoteros.

Los cinco millonarios, a pesar de las tranquilizadoras palabras del comandante y de la serenidad del negro, no se sentían muy seguros, y se preguntaban con ansiedad si su viaje a través del Pacífico iría a terminar miserablemente en aquel desierto islote, no visitado probablemente por ningún barco.

Media hora después, la ESTRELLA ERRANTE se posaba en medio de la explanada, sin que los aeronautas advirtiesen el menor choque.

Bandadas innumerables de aves marinas huían por todas partes, enormes cangrejos de peludas patas

bajaban precipitadamente de los cocoteros, refugiándose en el mar.

—Bajen ustedes, y cacen, si les parece—dijo el comandante, ordenando al negro que les facilitara fusiles—. Mi ayudante y yo repararemos la avería.

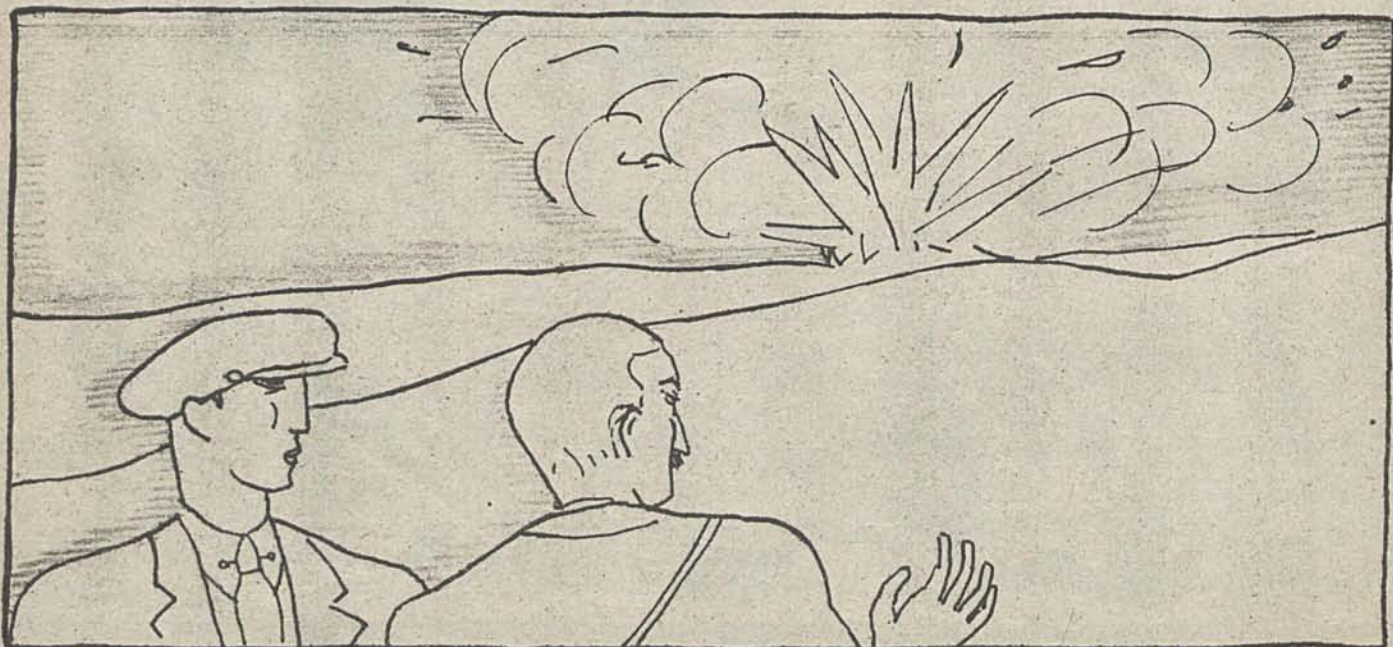
La ocasión era demasiado sugestiva para no aprovecharla. Los cinco millonarios, algo más tranquilos, tomaron las armas y se diseminaron por el islote, donde los pájaros eran cada vez más numerosos, y no mostraban la menor inquietud por la llegada de aquellos seres de dos piernas, que acaso nunca hasta entonces habían visto.

Apenas habían hecho algunos disparos cuando oyeron algunos gritos que procedían del lugar en que había quedado la aeronave, y luego una terrible explosión que puso en fuga a las aves y a los cangrejos. Inmediatamente vieron surgir una inmensa llamarada que se extinguió al punto entre una espesa nube de humo.

Los cinco pasajeros, aterrados, se precipitaron hacia la explanada donde poco antes se hallaba la ESTRELLA ERRANTE.

Todo había desaparecido: hombres, almacén, hélices, timón, como si una potencia inaudita hubiera lanzado todo al espacio. Solamente se descubrían, esparcidos en todas direcciones, trozos de metal reforcido, fragmentos de tubos, astillas y harapos de seda aun humeantes.

¡La ESTRELLA ERRANTE, aquella máquina maravillosa, que parecía haber resuelto definitivamente







el difícil problema de la navegación aérea, había desaparecido con su inventor...! El secreto de aquel descubrimiento tan importante, que hubiera causado una verdadera revolución en el mundo y en los sistemas de locomoción aérea, estaba perdido para siempre.

¿Qué había pasado? ¿Habría estallado la máquina o los cilindros llenos de hidrógeno líquido? Quizá ambas cosas.

En vano buscaron los cinco millonarios un resto de los dos pobres aeronautas. Sus cuerpos parecían haber sido desmenuzados por la tremenda explosión.

Y ved aquí a los cinco desgraciados, que ya se creían seguros de llegar tranquilamente a las costas asiáticas, entre la admiración de las gentes amarillas, convertidos en Robinsones.

Menos mal que disponían de fusiles, con algunas municiones, y que los volátiles y los cangrejos abundaban prodigiosamente. Además, ciertas depresiones del escollo conservaban un poco de agua de lluvia que podría durar algunas semanas.

Por otra parte, eran intrépidos, y no estaban dispuestos a desanimarse. Como la mayor parte de los americanos pudientes, en su juventud habían sufrido graves contratiempos, y al nacer no llevaban los millones en el bolsillo.

Convinieron, pues, en construirse un refugio, para preservarse de los ardores del sol y de la humedad de la noche, aunque confiaban en que su aislamiento no habría de durar mucho.

Cuando sus parientes vieran pasar el tiempo sin recibir noticias suyas desde Shanghai, era seguro que pensarán en algún accidente desgraciado, y no dejarán de enviar alguna expedición en busca suya.

Y en efecto, no habían pasado cinco días desde la catástrofe, cuando de la parte del mar llegó a sus oídos el apagado estruendo de un cañonazo lejano.

A poco, un vapor de gran porte se acercaba al islote, disparando para llamar la atención de las personas que pudieran encontrarse allí. El capitán, al descubrir el humo que se elevaba por encima de la cabaña construida por los millonarios, y sabiendo que aquella isla no estaba habitada, dirigió el buque hacia ella, suponiendo que habría naufragos.

Y lo que es extraordinario, aquel vapor pertenecía al rico armador, y regresaba de los puertos de China con una carga de seda.

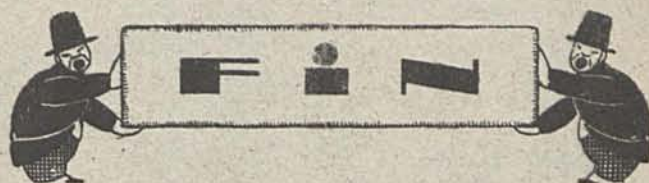
Podéis figuraros la sorpresa del capitán al encontrar a su armador refugiado en aquel islote en compañía de dos fabricantes de salazones y de otros dos propietarios de minas.

Los cinco ricachones fueron conducidos en seguida a bordo; el buque reanudó su rumbo hacia las playas americanas, y siete días después entraba en la bahía de San Francisco.

Los cinco millonarios trataron en vano de averiguar quién podría ser aquel atrevido aeronauta que, sin la tremenda catástrofe ocurrida, hubiera llegado a resolver la cuestión de la dirigibilidad de las máquinas voladoras y de los aerostatos.

El descubrimiento había desaparecido con su inventor, y sus planos acaso fueran destruidos por la explosión de los depósitos de hidrógeno líquido.

Una columna de rocas coralíferas arrancadas al suelo del islote y mandada erigir por los cinco millonarios, es hoy el único testimonio de que en María Lascara, en medio del Océano Pacífico, sucumbió el más grande de los inventores modernos.







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



YÁ ESTAMOS EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA, CURRINCHE. VERÁS QUE JUEGOS DE AGUA MÁS SORPRENDENTES



ESTÁ ESTO SUPERIOR, CURRINCHE. HAY QUE VER LO QUE DISCURREN ALGUNAS PERSONAS.

PUES CUANDO VEA USTED EL PABELLÓN DE LAS BUTIFARRITAS SE VA A QUEDAR MÁS LELO DE LO QUE ESTÁ



OIGA, SIMPÁTICO CAMARERO, TRÁIGAME UNA DE ESAS PIRAMIDALES BUTIFARRAS, Y AL POLLO LE TRAE USTED CINCO DE TORRAOS



PUES SI, COMO DECÍAMOS ANTES ESTO ESTÁ SUPERIOR. ES LA DESBUTIFARRACIÓN MÁS COLOSAL QUE YO HE VISTO



MIENTRAS LE ASAN LA BUTIFARRITA VENGA Y LE ENSEÑARÉ UN SURTIDOR QUE ES UNA MARAVILLA



USTED ESTESE QUIETECITO QUE DESDE AHÍ VERÁ EL SURTIDOR. ESTUPENDAMENTE



¡ELE, ELE!  
¡ARENAL DE SEVILLA, MAMITA, TORRE DEL ORO!

¡AY, BUTIFARRITA DE MI ALMA! ¡QUE GANAS TENÍA DE VERME A SOLAS CONTIGO PARA DEMOSTRARTE LO MUCHO QUE YO TE QUIERO



OIGA, CAMARERO, AHORA VENDRÁ AQUEL SEÑOR QUE ESTÁ TOMANDO BAÑOS DE ASIENTO Y LE PAGARÁ LA BUTIFARRITA. DÍGALE QUE YO ME HE TENIDO QUE IR PORQUE ME ESPERA UN AMIGO





# LAURA LA COTORRA INDISCRETA



## PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL JURADO DE LAS FLORES

Castillo



—ERÁ cierto que la rosa es la Reina de las flores?—preguntaba Ricardo a su papá.

Y éste le dijo en broma:

—Pregúntaselo a ellas, que estarán mejor informadas.

Tomó Ricardo al pie de la letra lo que su padre le dijera, y, bajando al jardín, se acercó a un ciruelo que se balanceaba gallardamente a impulsos del viento, y, descubriéndose con todo respeto, le interrogó:

—Caballero ciruelo, ¿hace usted el favor de decirme si la rosa es la Reina de las flores?

Pero el ciruelo siguió balanceándose sin contestarle.

—Este árbol—dijo Ricardo—tiene muy mala educación.

Y aproximándose a un almendro que acababa de abrir sus blancas flores, repitió su pregunta:

—Señor almendro, ¿es cierto que la rosa es la Reina de las flores?

Permaneció mudo el almendro; pero sus flores se pusieron rojas de envidia.

—Tampoco el almendro es un árbol de principios—pensó Ricardo—; todos estos árboles se dan un tono desmesurado. Preguntemos a las plantas.

Un hermoso clavel doble, que levantaba su espléndida corola con una gallardía digna de su nobleza, en cuanto oyó la pregunta se inclinó graciosamente sobre su tallo y contestó:

—En efecto; la rosa es nuestra adorada Reina, por más hermosa y porque su delicado aroma no tiene rival. Pero, si quieres saber más, vuelve esta noche a las doce y observa lo que ocurre en tu jardín.

—Gracias, amable clavel. No faltaré esta noche.

A la hora de costumbre se acostó Ricardito, pero no pudo dormir. A las once y media se había vestido de nuevo, y, deslizándose sigilosamente por la escalera, llegó al jardín y esperó los acontecimientos.

En efecto, al dar la última campanada de la media noche, una luz vivísima salió del cielo, y aquel rayo de luz se condensó en la tierra, tomando la figura de una hermosísima mujer coronada de flores, que llevaba en la mano una varita de oro, de la cual se escapaban brillantes reflejos. Extendió el hada su mano y en el acto se produjo un movimiento inusitado entre las plantas.



Los claveles se convirtieron en apuestos caballeros de vistosos trajes color granate, rosa y verde; los jacintos y jazmines en gallardos pajecillos de rubia cabellera; las azucenas eran pálidas damas de singular belleza, vestidas de blanco; las dalias llevaban larga cola y al cuello una gorguera de delicado encaje de colores, que recordaban el de la flor de que procedían; la violeta trataba modestamente de ocultar su bello rostro de aterciopelado cutis y sus ojos de dulce mirar entre un grupo de amapolas que se paseaban del brazo llamando la atención con su traje rojo sangre. Por fin, de entre un grupo de llorosas siemprevivas, que charlaban con unos hermosos pensamientos, apareció la Reina de la fiesta: la rosa.

Un murmullo de admiración produjo su presencia: jamás había estado tan hermosa. Su cara tenía la frescura de la flor, y su rosado traje, de larga cola, era de finísima seda, que crujía al andar la soberana.

Un olivo se convirtió en trono y en dosel, y la rosa, sin otra ceremonia que un saludo general, tomó asiento en el trono. Levantó el brazo imponiendo silencio, y todo el mundo enmudeció.

—Señores—dijo la Reina—, otra vez la buena maga Primavera ha reanimado nuestros corazones. Desde el año pasado no nos habíamos reunido, y hay varios asuntos graves que resolver; pero el más importante es el modo de defendernos de las abejas, avispa y mariposas que de continuo liban nuestra miel, acelerando

nuestro fin. Acerca de este punto ya he rogado a la Primavera que haga comparecer ante mí a los acusados, como ante un verdadero juicio oral.

A una señal de la maga aparecieron los acusados en traje de etiqueta, para no faltar a las conveniencias sociales.

La mariposa vestía sus mejores galas. Compareció ante la Reina con la cabeza inclinada modestamente y la cara encendida por el rubor.

—¿Qué desea Vuestra Majestad?—preguntó.

—Interrogarte el motivo de que te permitas quitarnos nuestro néctar—contestó la rosa.

—¡Ah, señoral—respondió la mariposa emocionada—. Poco daño os hago, porque yo no tomé jamás sino lo preciso para mi alimento, y nunca he abusado de vuestra hospitalidad.





—Está bien: se os tendrá eso en cuenta como una circunstancia atenuante. Que pase la avispa.

Entró la avispa, de frac negro y corbata amarilla listada de negro.

—Yo—dijo—os recojo el néctar porque me he propuesto trabajar como la abeja, aunque todavía no lo he logrado desde el principio del mundo, pero aun no ha pasado mucho tiempo y espero aprender.

—¿Cómo quieres aprender—interrumpió la Reina—, si lo que haces es comértelo todo sin guardar nada para hacer panales? Como no tengas un buen abogado, tu causa está perdida.

—Y ¿quién quiere ser mi abogado?—preguntó la avispa.

—Yo no—exclamaron las gardenias.

—Ni nosotros tampoco—dijeron los alelles.

—Ya lo ves—dijo la rosa sonriendo— va a ser preciso nombrarte abogado de oficio. Las malas causas no encuentran fácilmente quien las defienda.

—Pues renuncio al abogado—exclamó la avispa encolerizada—, y ya veremos quién se atreve a sentenciarme.

Dos girasoles cogieron a la avispa y la ataron codo con codo para que así aguardase el fallo. La rosa dijo:

—Comparezca la abeja.

Ésta apareció, despertando su presencia un murmullo general. No vestía frac ni levita, ni siquiera americana; llevaba puesta una blusa llena de manchas de cera y miel. Todos se apartaron de la abeja por miedo de mancharse.

—Ya sé a qué vengo—dijo sin inmutarse—. Es la canción de siempre: que si quitamos, que si no quitamos su néctar a las flores. Bueno ¿y qué? Pues no lo hacemos para nosotras, sino para nuestro amo. Todo el almíbar dulcísimo de vuestras corolas lo encerramos en la colmena, y de allí todos los años sale para que el hombre,

nuestro dueño, regocije con él su paladar y embalsame su aliento con vuestro aroma. Después de muertas por el estío y de perder vuestras verdes hojas en el otoño, aun vivís en nosotras, que hacemos duradero vuestro recuerdo. ¡Y aun os quejáis! Vosotras, es verdad, dais vuestra sangre, pero de nada valdría si nosotras no la recogiéramos para almacenarla; el trabajo

es nuestro, y el trabajo vale tanto como vuestro néctar. Si me habéis de condenar, que sea pronto, porque estoy perdiendo mucho tiempo de trabajo.

Llamó la rosa al clavel y a la violeta; les consultó el caso, y luego les habló de esta manera:

—La avispa es una glotona que, con el pretexto de hacer panales, nos saquea. Dénsela quinientos azotes.

Un dondiego de noche cogió a la avispa y se la llevó.

—Válgale a la mariposa su inocencia—dijo la Reina—, por lo cual la declaro libremente absuelta.

La mariposa se inclinó respetuosamente y besó la mano de la soberana. Brillaron sus antenas de oro, agitó sus alas llenando el ambiente de polvos de diamante, y remontó el vuelo lanzándose por el aire.

—En cuanto a la abeja—continuó la rosa—, no sólo no la encuentro culpa alguna, sino que en adelante no la cerréis vuestros pétalos, dejándola en libertad de llevarse la miel que quiera o necesite.

Como recompensa y como símbolo de amistad perpetua entre nosotros, voy a darle un beso.

Avanzó la abeja conmovida, y, poniendo su frente ruborosa al alcance de los labios de la Reina, recibió un ósculo que hizo acudir lágrimas a sus ojos. Un suave perfume invadió el jardín, levantó el hada su varilla y cada flor volvió a su puesto, recobrando su forma primitiva.

La maga voló por los espacios envuelta en un rayo de luna, y Ricardo quedó solo y pensativo ante el recuerdo de lo que viera.

—¡Qué lección más hermosa!—decía—. Hasta en el reino de las flores alcanza el trabajo la más preciada recompensa.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, querido Chononcito.  
—Muy buenos, mi sabio buho. ¿Sabes de dónde vengo?  
—Desde luego de beber algo, porque veo que te limpias los labios, pero lo que has bebido no lo sé.

—Tenía mucha mucha sed, y me he determinado a beber un vaso de cerveza. No la había probado nunca y si he de decirte verdad no ha acabado de gustarme. Ese amargorcillo que tiene no me seduce. Pero era tanta la sed que tenía, que me la he bebido de un trago.

—Entonces es que te ha sabido buena.  
—Te diré. Mientras la bebía notaba un frescor y un picorcillo gaseoso muy agradable, pero el amargor ha venido luego, cuando ya el vaso estaba vacío, y ese sabor de boca no me convence.

—Pues si no te gusta, es bien fácil evitarlo. Con no beberla estás al cabo de la calle.

—¿De qué hacen la cerveza, querido buho?  
—La principal materia que entra en su composición es la cebada.  
—Y se bebe mucho ¿verdad?  
—Muchísimo. Hoy día es la bebida alcohólica más extendida y más consumida en el mundo.

—¿Pero tiene alcohol la cerveza?  
—Naturalmente. Es el alcohol que proviene del almidón de la cebada. Es bebida que, en Alemania sobre todo, cuenta con legiones de consumidores. En aquel país llega la producción anual a cuarenta millones de hectolitros, lo que supone la necesidad de emplear siete millones de quintales de cebada y unos ciento treinta mil quintales de azúcar.

—Me choca mucho, amigo buho, que me digas que la cerveza contiene azúcar. ¿Tú la has probado?

—Algunas veces.  
—¿Y has notado que tenga azúcar?  
—No se nota, desde luego. Pero eso no quiere decir que no la tenga. Yo te haré una ligera descripción de cómo se fabrica la cerveza y así te harás cargo del papel que juega el azúcar en su composición.

—Me tienes todo atento a tus palabras. Habla.  
—Como acabo de decirte la cebada es una bebida alcohólica, cuyo alcohol proviene del almidón de la cebada previamente transformado en azúcar. No todas las cebadas sirven para hacer cerveza. Entre las más reputadas figuran las de Hungría, Moravia y Rusia. Otra de las materias que entran en la composición de la cerveza es el lúpulo del cual solo se utilizan las flores hembras.

—Es curioso. ¿Qué materia contienen estas flores?  
—En sus ovarios encierran sustancias resinosas, tanino, y un aceite esencial amargo que aromatiza la cerveza.

—Y que deja un gusto en la boca como para pedir en seguida un caramelo.

—Pues son muchísimas las personas a quienes este amargor les agrada. Pero, en fin, dejemos la cuestión de gustos a un lado y sigamos con la fabricación de la cerveza. Una vez escogida la cebada se procede a seleccionar los granos procurando que todos sean lo más iguales posible de tamaño a fin de

que la germinación a que posteriormente han de someterse sea lo más perfectamente regular. Los granos de cebada así seleccionados se depositan en amplias cubas que contienen agua a la temperatura de 15 grados.

—Con el agua se hincharán los granos ¿no es eso?  
—Precisamente de eso se trata y eso se consigue del segundo al tercer día de estar la cebada a remojo. Una vez bien hinchados los granos, se llevan a una cueva apropiada, húmeda y débilmente iluminada, condiciones estas esencialmente favorables para la germinación de la cebada. En la cueva se coloca en montoncitos cuyo espesor varía entre veinte centímetros en invierno y diez en verano. Estos montoncitos son removidos cada dos días, de forma que la cebada que antes estuvo abajo, pase arriba, y viceversa. Claro que en las fábricas importantes esta operación se realiza mecánicamente por medio de aparatos adecuados. Al cabo de nueve días la germinación se considera terminada.

—Si no me explicas qué es eso de germinar me quedo en ayunas.  
—Se dice que la cebada u otro cualquier cereal germina, cuando por virtud de la humedad brotan de sus granos raicillas capaces de dar vida a una nueva planta. Cuando los granos han germinado pasan a unos nuevos depósitos donde durante veinte horas se les somete a la temperatura de 76 grados.

—¿Se tostarán los granos?  
—Fermentan, que no es lo mismo. Y se produce una materia que se llama «diastasa» la cual sirve para transformar en azúcar el almidón que contiene la cebada. Pasada esta fermentación es cuando el grano sufre una ligera torrefacción que da un buen gusto a la cerveza. Después se separan las raicillas del grano y ya queda éste perfectamente dispuesto para la verdadera fabricación de la cerveza. Han quedado, pues, los granos casi convertidos en harina. Esta harina es sometida a una ebullición en agua, alcanzando hasta la temperatura de 75 grados, la cual no debe sobrepasarse para evitar que se anule la parte azucarada.

—¿Y ya está hecha la cerveza?  
—Queda la filtración para eliminar todas las materias inútiles que quedan suspendidas en el líquido, y esta operación se hace, generalmente, simultaneándola con la mezcla del lúpulo que da el amargor y el color. Para filtrarla se la hace pasar por depósitos cuyos fondos tienen perforaciones de distintos diámetros, siendo mayores los primeros que los últimos, quedando ya la cerveza en disposición de ser clarificada, última de las operaciones de la fabricación. Para clarificarla se echan en el líquido copos de virutas de avellano que descendiendo lentamente a través del líquido arrastran al fondo todas las pequeñas materias que se hallan suspendidas, formándose un lecho de una substancia semejante al barro que es lo que se llama levadura de la cerveza. Esta operación de clarificar el líquido se hace sometiéndolo a presión a fin de que la cerveza no pierda su gas carbónico para que la bebida resulte gaseosa y picante.

—¿Y tú no has visto en las cervecerías unos aparatos que tienen una especie de reloj?

—Esos aparatos son depósitos de ácido carbónico y su finalidad es dar más presión a la cerveza. El reloj de que tu hablas es un manómetro que señala los grados de presión.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



El tío bigotes  
E. Dora



Monjardín  
N. Menéndez



Una chiflada  
A. Carrasco  
12 años



Don Turulato  
S. y Pinillos  
9 años



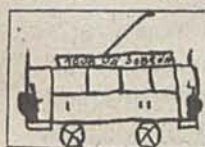
Tin y Ton.—Jacinto Laguna



Roequeso.—Rosario Losada



Currinche jugando  
R. Pillado



Tranvía  
Antonio Azcarreta



Pinocho  
G. Alonso



Pato  
Javier Cises



Currinche y Don Turulato  
A. Laborda, 9 años



Tín  
José Mora  
9 años



Una casita de campo  
Lolita García



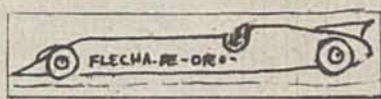
Currinche  
J. Castellanos



Uo vaquero  
José Santos



Un negrito  
C. Villasanta



La flecha de oro.—José Losada



Un barco.—Enrique Sánchez



Trianera  
oquína Jaraquemada



Don Turu  
A. B. de la Rosa



Pinocho sentado  
Jesús Álvarez



Campolo  
Santos y Piniello



Un jarrón  
Luz Sevilla



Pobre explorador  
Daniel Ortiz



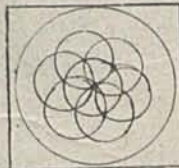
Interior de un submarino  
Fernando Organviedez



Casa de campo  
Francisco Cuadrado



Mapa de España  
Esperanza Martín



Circunferencia  
María Caro



El Cid  
Juan Antonio  
Laiglesia



Un amigo  
Santiago Velázquez



Otro amigo  
S. Velázquez



Chenón contem-  
plando a los buhos  
Roberto Teixido



Retrato  
J. Jaraquemada



Un elefante.—Eduardo Peset



Japonesita  
Inés Jaraquemada



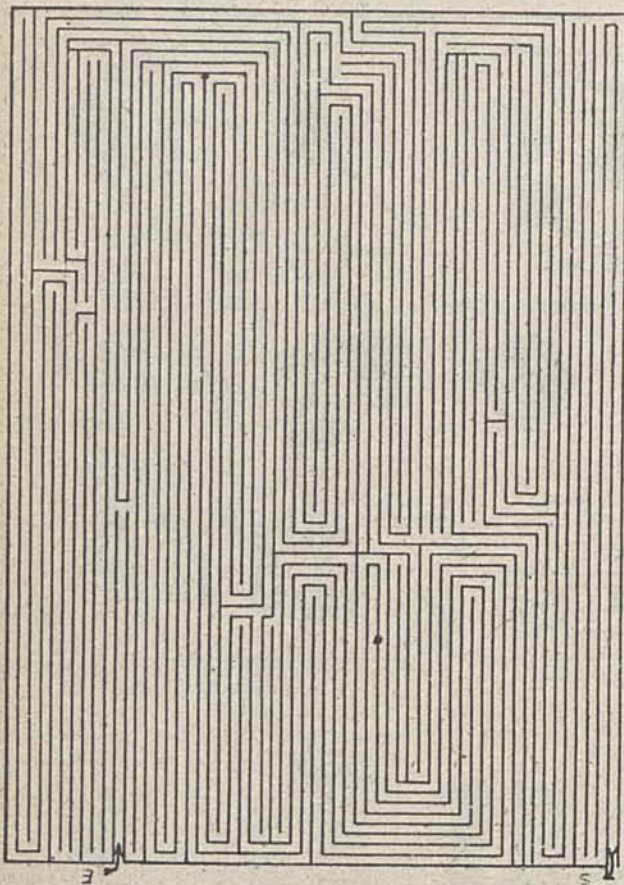
Soldado fenicio  
Jaime Navarra



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LAS AMATISTAS DEL REY



En tiempos fabulosos, en una remota región del Asia, según se entra a mano derecha, había un rey que tenía dos debilidades: el arroz con leche y las amatistas...

Se cuenta de él que no pasaba ningún día sin ingerir por lo menos una fuente del citado arroz y que en sus cocinas tenía más de trescientos cocineros encargados nada más que de refinar tan succulento plato...

Pero si grande era su afición por el arroz con leche no le iba a la zaga la que sentía por las amatistas. Nombrarle una amatista era nombrarle el Paraíso. Tenía tal inclinación por estas piedras preciosas que, habiendo logrado reunir una hermosa colección de ellas, y temiendo perderlas—nadie está libre de un robo—las ocultó en un lóbrego subterráneo para llegar al cual había que recorrer un verdadero laberinto de caminos y pasillos.

Pero el avariento Rey no sospechó que si fué mucho su ingenio para idear el complicado laberinto había quien tenía también bastante para desentrañarlo... y este alguien era nada menos que el célebre pirata Arsenio del Testuz, terror de todos los navegantes que operaban por el Mediterráneo.

¿Sabréis vosotros averiguar cuál fué el camino recorrido por Arsenio?

## LAS LETRAS

Se trata de desordenar las letras que véis en el dibujo, poniendo en cada cuadrado tres letras, pero de forma que ni horizontal, ni vertical, ni oblicuamente se repita ninguna letra, es decir, oblicuamente, hay una excepción. Precisamente en la línea oblicua que forman los tres cuadrados que parten desde el ángulo superior izquierdo al derecho del dibujo, las tres letras que pongáis en cada cuadrado tienen que ser las mismas pero en diferente orden.



## UN BUEN ANIMAL



Sabréis inmediatamente cuál es uniendo los números con líneas, siguiendo el orden que les corresponde, naturalmente.



# ANITA

## BUEN- CORAZON







# SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

## EL GORRITO DE NIEVE

Si os digo qué es lo que más deseaba Mariluz, me temo que la toméis por una niña presumida, caprichosa y hasta un poquito loca.

Porque lo que deseaba Mariluz era nada menos que tener un gorro hecho de copos de nieve, hilados por el hada Friolina en su rueca de marfil.

Como veis, Mariluz era en efecto presumidilla y antojadiza, pero no estaba loca, no; lo del hada, los copos de nieve y la rueca, todo existía realmente... al menos, en mi cuento.

Todas las mañanas, cuando Mariluz salía de su casita para ir a la escuela del pueblo cercano, su mamá, al ponerle una caperuza de lana rosa, y al entregarle los libros y cuadernos de clase y la cestita con la merienda, le daba un beso y le recomendaba:

«No vayas por el bosque de plata; ya sabes que el hada de la nieve pasa en su carroza de hielo tirada por doce caballos blancos y se lleva a todos los que la miran, a su palacio de mármol».

Sí, Mariluz sabía esto muy bien, como lo sabían todos los niños del pueblo; pero Mariluz no le tenía miedo, como ellos a la hada Friolina; pensaba «Dicen que el hada es muy bella y muy blanca; debe de ser buena también; yo la suplicaré que no me lleve, que me regale solamente un gorro de copos de nieve, hilados por ella en su rueca mágica, y me atenderá; qué bonita estaré yo con ese gorrito. ¡Mucho más que con mi caperuza de lana. Ninguna niña del pueblo habrá tenido nunca un gorro como el mío!»

Y un día se atrevió a desobedecer a su mamá (como veis, estas cosas no suceden solamente en la realidad) y en lugar de ir a la escuela por la carretera, como siempre, se internó por el bosque de plata que, de lejos, brillaba bajo el pálido sol de invierno.

¡Qué maravilla! El suelo estaba cubierto de arena de oro; las hojas de los árboles eran de raso y terciopelo y las frutas, de nácar de mil colores.

De pronto, un galope formidable hizo retremblar la tierra, y a lo lejos, apareció, entre los árboles, una carroza de cristal que llegaba tirada por doce caballos blancos.

Mariluz estaba inmóvil, paralizada por la emoción, por la curiosidad y también un poquito, por el miedo; la carroza se detuvo ante ella y el hada que era una dama bellísima, muy pálida, con cabellos de plata, se inclinó graciosamente y dijo:

«Ven conmigo, Mariluz; haremos juntas los copos de nieve en mi rueca de marfil, para hacerte un lindo gorrito».

Mariluz no vaciló; rápida y ligera, saltó a la carroza junto al hada, pero al sentarse, se estremeció: la carroza no era de cristal, era de hielo.

Al llegar al palacio de mármol blanco, la carroza pasó bajo una puerta de rubies y Mariluz creyó estar entre llamas; luego, bajo una puerta de zafiro y Mariluz creyó ver abrirse el cielo; finalmente, bajo una puerta de diamante, y Mariluz creyó entrar en el sol.

Entonces, el hada Friolina ofreció a su compañera un bombón que debía de estar encantado, pues apenas Mariluz se lo comió se olvidó de su mamá, de su casita, de la escuela, de todo; y se sentó junto al hada y se puso a mirar cómo hilaba copos de nieve en su rueca de marfil, pálida, silenciosa, indiferente, como si Mariluz no hubiera estado ahí a su lado, o no hubiera sido otra cosa que un copito de nieve más.

A todo esto, en su casita, la mamá de Mariluz desesperada por la desaparición de su hija, no cesaba de llorar y lamentarse.

¡El hada de la Nieve me ha robado a mi Miraluz! ¡Ya no la volveré a ver nunca! ¡El hada Friolina se ha llevado a mi Mariluz a su palacio de mármol blanco! ¡Ya nunca me la devolverá!

Mientras así gemía, acertó a pasar por allí, ligera, vestida de tul, la Brisa que la oyó y quedó aterrada; y es que la Brisa era una gran amiga de Mariluz; muchas veces se divertía con sus rizos de oro y otras veces, cuando hacía mucho calor, le soplaba en la frente para refrescarla.

Y la Brisa, que era muy buena y muy amable, odiaba a su prima, el hada Friolina, porque sabía que tenía el corazón tan duro como las paredes de mármol de su palacio y tan frío como el hielo de su carroza.

Como la Brisa podía colocarse en todas partes sin que fuese posible hacerla nunca prisionera, se fué volando al palacio de la Nieve, se metió por el ojo de la cerradura y en una sala blanca, vió como Miraluz, sentada sobre una piel de oso polar, contemplaba a la pálida Friolina que hilaba en silencio, copos de nieve en su rueca de marfil.

La Brisa intentó coger a la niña en brazos, pero era tan débil, tenía tan pocas fuerzas que no consiguió levantarla un milímetro del suelo; entonces se limitó a hacerla una suave caricia en las mejillas y se fué en busca de sus primos, los cuatro Vientos, para pedirles auxilio para libertar a Mariluz de aquella hada cruel que se permitía robar niñas buenas a sus mamás. Primero visitó al Viento del Norte, un anciano venerable de barba blanca; al oír el relato de la Brisa, el Viento movió su gruesa cabeza, frunció el entrecejo, y dijo:

Lo que dijo no me cabe en esta página; lo sabremos el domingo que viene.

